

E. MIRET MAGDA LENA

ES el sino de todas las cosas humanas renovarse. Si no, se estancan o se vuelven automáticas, perdiendo su calidad humana.

Pero, en la Iglesia y fuera de ella, estamos asistiendo muchas veces a una falsa renovación, porque es solamente superficial. La masa, engañada por los atractivos de esta aparente renovación exterior, se siente falsamente satisfecha, como le pasó al pueblo romano con su "panem et circenses".

Ahora, el "panem et circenses" ha adquirido aspectos distintos después de veinte siglos de civilización cristiana. Pero el esquema de fondo es el mismo; la psicología de la masa, hábilmente dirigida en el plano religioso o profano, sigue reaccionando igual, aunque exteriormente parezca otra cosa.

En el catolicismo está ocurriendo el mismo fenómeno. Desde el Concilio Vaticano II estamos asistiendo a una serie de cambios que, si se analizan bien, se quedan en la superficie de las cosas sin ahondar en ellas. Por eso transcribía en mi artículo anterior el diagnóstico del sociólogo padre A. Greeley, que, aunque lo aplicaba a Norteamérica, con más o menos matices, podría ser utilizado para comprender lo que está pasando en otros países católicos o con fuerte núcleo de católicos.

En la historia del mundo nos estamos dando cuenta de una manera clara que los cambios, para que haya una verdadera transformación constructiva y satisfactoria, tienen que ser en algún momento cambios cualitativos. El simple aumento de cantidad no basta. La profunda evolución del ser humano, y en general de todos los seres, está salpicada de estos cambios profundos, que no hay ninguna palabra que los describa mejor que como cambios cualitativos.

El paso de lo inorgánico a lo orgánico, de la vida vegetal a la vida animal y de la vida animal a la vida humana no han sido simples transformaciones superficiales, sino saltos profundos en la historia de la creación.

Si estudiamos la historia de los hombres veremos lo mismo a través de los siglos, y a esta ley de la creación no escapa el mundo religioso.

La venida del cristianismo, y en parte la de otras religiones básicas, supuso para la Humanidad cambios tan profundos que deben ser llamados cualitativos.

Lo que ocurre es que unas veces estos cambios han sido para bien, y otras, para mal.

Para mí no hay ninguna duda de que en la historia religiosa de los hombres unas veces hay estancamientos (sean bajo capa de renovación exterior o no) y otras veces se producen regresiones. Ejemplo de estas regresiones fue la Contrarreforma, que supuso un paso atrás en muchas cosas que el cristianismo había podido construir y desarrollar religiosamente. El estrechamiento de las filas autodefensivas de los católicos y la centralización semidictatorial que se creó en muchos aspectos de la vida católica, supusieron, en mi opinión, un regreso manifiesto sobre la vitalidad y libertad de otras épocas católicas anteriores, en donde florecían movimientos inconformistas como el franciscanismo

o escuelas intelectuales también inconformistas que producían discusión, pero casi nunca condenación en aquellos tiempos o, por lo menos, una condenación que muchos discutían sin por eso sentirse fuera del catolicismo.

Ahora —en los siglos XIX y XX— habíamos llegado a una situación religioso-intelectual, y a una centralización poco humana y poco vital, que el cardenal Newman había criticado con claridad y profundidad en la segunda mitad del siglo pasado.

Tras el Concilio, como he dicho otras veces, se produjo un cambio exterior más o menos rápido, pero visible. Y muchas veces este cambio adquirió la estructura de un "marasmo". Y esto ha pasado porque en la época anterior la religión se vivía demasiado superficialmente, sin ahondar ni profundizar en las raíces de la misma. Se quiso vivir falsamente una religión de masas, y de ello provino una degradación de la misma, porque se centró lo religioso en un cumplimiento exterior, lo único que la masa como tal podía comprender. El clero había sido formado en estas ideas y costumbres, y le fue muy difícil —junto a los católicos formados por ellos— cambiar de actitud. Y el cambio que se

LA RENOVACION

produjo tuvo que ser en la superficie de las cosas, porque la religión se vivía preferentemente en forma superficial. Y al cambiar esta superficie —como no había nada o casi nada debajo— nos hemos quedado muchas veces sin nada. Por eso el profesor padre Greeley, dando un paso adelante en su diagnóstico duro sobre el catolicismo americano, ha aplicado el escalpo de su penetrante y lúcida crítica a los aspectos fundamentales de lo que debería ser una verdadera renovación: una renovación profunda y cualitativa. Porque si no, no tendremos renovación, sino rutina anacrónica o marasmo sin sentido.

Cuando nos preguntamos sobre la fe, antes "era necesario tener respuesta para todas las cuestiones posibles", pero hoy no interesa ya este bizantinismo especulativo a propósito de Dios. Para el padre Greeley, el mundo no-creyente ya no interpela a los cristianos sobre la existencia de Dios, sino que les pregunta una cosa mucho más concreta y a la cual todos los

creyentes debemos responder: "¿Quién es vuestro Dios?". Por eso el análisis del libro de Gironella, "Cien españoles y Dios", no es interesante preferentemente por saber si unos se confiesan creyentes en Dios y otros no, sino por la concepción de Dios que las personas que contestan a las preguntas del novelista —sean creyentes o no lo sean— tienen formada. Y en él se puede apreciar que tan insatisfactoria como la de muchos increyentes es la visión de Dios que tienen muchos creyentes. Muchos de éstos creen en un Dios estereotipado y recortado, que, por mucho que se le quiera elevar, resulta una camisa de fuerza que se nos pone a los hombres y que es radicalmente insatisfactoria.

Deberíamos pensar los creyentes en nuestra idea de Dios, y analizarla con el mayor sentido crítico, para llegar a desvelar en nosotros mismos nuestra experiencia de lo divino y poder ver si de ella surge una concepción aceptable o una concepción raquílica, como de hecho solemos tener la mayoría de los creyentes.

Este necesario "lavado de cerebro" lo tenemos que realizar urgentemente, y aplicarlo sin compasión a nuestras creencias básicas. Eso es lo que pretendieron algunos grandes místicos, como el maestro Eckart o San Juan de la Cruz, pero hemos despreciado esta mística radical y profunda que todos debíamos aplicar, engañados por ciertos fenómenos sensibles y dudosos de algunos místicos, y que ninguna relación positiva tienen con este análisis despiadado que ellos hicieron, y por el cual son místicos porque creen en una experiencia profunda constructiva y eficaz en ellos, y procuran hablar como pueden de esta experiencia, que todos los hombres creyentes debíamos tener para ser auténticamente creyentes en algo satisfactorio y positivo.

Podríamos seguir —y deberíamos hacerlo a la máxima urgencia— recorriendo los diferentes capítulos religiosos de la vida humana: la comunidad religiosa, la educación, las estructuras de la Iglesia, los ritos, la sexualidad, el ascetismo y el ideal cristiano. Este recorrido luminoso y sinceramente crítico nos haría comenzar a superar estas superficialidades de cambio que entre los católicos se han dado tras el Concilio, y con los que muchos nos sentimos disconformes, ya que no nos convencen bastante, y a los que otros han reaccionado con el desánimo y el apartamiento.

Ya sé que siempre saldrán a la palestra rasgando las vestiduras los "profetas de calamidades", de que hablaba en son de crítica el Papa Juan XXIII. Como también surgirán inmediatamente los inquisidores de la ortodoxia, que pongan el grito en el cielo ante la posible pérdida de sus rutinas mentales. Pero el que quiere ser sinceramente creyente hoy no tiene más remedio que hablarse a sí mismo claro y expresarlo con total franqueza a los demás.

Y yo espero hacerlo, aunque sea resumidamente, en próximos artículos, ya que la labor más acuciante hoy es la de confesarnos a nosotros mismos los creyentes, sin temores ni enfemismos.